



Premio «Razón de Ser» de investigación literaria y el Premio «Enrique José Varona» de Ensayo.

Víctor Fowler ha querido compartir con los lectores de *Espacio Laical* sus reflexiones sobre el intelectual y su inserción en la vida pública cubana.

-¿Qué es para usted un intelectual?

- Hay una frase que me gusta mucho para definir lo que es un intelectual y cuyo autor me parece recordar que es Sartre: *la voz universal que da sentido*. Pero la voz que intenta hablar por todos sólo amerita ser escuchada cuando absorbe -para

Necesitamos fabricar escenarios de encuentro

Por ROBERTO VEIGA GONZÁLEZ

Uno se siente a gusto conversando con Víctor Fowler Calzada. Este brillante poeta, crítico y ensayista cubano tiene la grata virtud de saber combinar con armonía un pensamiento estructurado y filoso y una refinadísima *descompostura* criolla. Como miembro de la *Generación de los 80* estuvo implicado en *Paidea* y *Naranja Dulce*, dos de las empresas intelectuales y artísticas más destacadas acometidas por aquellos jóvenes.

Posee una sólida formación marxista -asumida con amor y pasión, según nos cuenta-, pero reconoce que su encuentro con la obra de José Lezama Lima tuvo para él implicaciones cataclísmicas, pues le abrió las puertas del fabuloso universo del catolicismo. Junto a los clásicos marxistas, aparecieron en la vida de Víctor Fowler Orígenes, San Anselmo, San Agustín, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, San Ignacio de Loyola... Desde ese momento su vida ha sido una tensión intelectual entre estos dos referentes cosmovisivos. Ha publicado los libros de poesía: *El próximo que venga*, (1986); *Estudios de cerámica griega*, (1991); *Confesionario*, (1993); *Descensional*, (1994); *Visitas*, (1996); *Caminos de piedra*, (2001); *Malecón Tao*, (2001); *El extraño tejido*, (2003) y *El maquinista de Auschwitz*, (2004). Pero es quizás en la crítica y el ensayo donde la obra de Fowler se agiganta y alcanza proporciones significativas. Ha sido galardonado con el Premio «Julián del Casal» de Poesía, el Premio de la Crítica, el

después mostrarlo cuando utiliza las palabras- el dolor o esperanza de ese otro que quisiera “presentar”; a partir de eso es que el intelectual ofrece, en combinación de capacidad y honestidad, un sentido que es, en definitiva, el de la existencia del hombre sobre la tierra. Por otra parte, no todo aquel que realiza trabajo intelectual y ni siquiera el intelectual creativo, lo es en el sentido que estamos hablando; debe haber una diferencia que viene dada por aquel momento en el cual la persona se propone intervenir en eso a lo que llamamos *la cosa pública*. En tal caso pretendes que tus ideas se conviertan en dudas, públicamente expresadas, sobre el manejo de la cosa pública, en críticas o en guías; incluso estás dispuesto a que tu palabra sea completamente rechazada y negada, pero sientes que, al menos, debes establecer tu palabra, tu diferencia, en público, con los otros, con todos. En cualquiera de esos caminos estarías actuando como un intelectual... una posición bastante demeritada en el mundo de hoy.

De hecho esa es, posiblemente, una de las grandes paradojas de las democracias: la multiplicación de la opinión al punto de que desaparece la opinión. Hoy día existe cualquier variedad de prensa escrita junto a cualquier variedad de modos de opinión en el espacio digital, junto a la radio, la televisión, el cine, etc. En un panorama de semejante diversidad, la palabra del intelectual es otra mercancía dentro del enorme abanico del mercado; al menos

en apariencia, donde hay tanto a la misma vez, ninguna voz es superior a otra, sino que todas son simplemente eso: ofertas. El "tamaño" de los medios de comunicación, la cantidad de tiempo que transmiten noticias y opinión, es apabullante con respecto a la capacidad humana para la asimilación de mensajes, pero ¿qué cosa es verdad de todo lo que se nos dice continuamente?

Preguntas como la anterior son las que responden los intelectuales, pues la última ilusión asociada con el nombre es que estos sean buscadores de la verdad, sin detenerse en las consecuencias; incómodos casi siempre, inmanejables, independientes, honestos, con la frialdad del científico y la pasión del amante ante el conocimiento, rígidos y flexibles a la misma vez, respetuosos e irreverentes. Recuerdo que durante el último conflicto armado entre Israel y la milicia de Hizbollah, había un intelectual árabe que tiene un blog, y este alcanzaba diariamente alrededor de 70 mil visitas. Era un hombre que diariamente escribía artículos de opinión sobre el conflicto, y alcanzaba esa cifra de visitantes porque las personas discriminaban, de todos esos medios, y decían: este es el hombre que hay que leer, esta es la verdad; esta es una opinión profunda, mesurada, sin odios...

Es importante decir que vivimos una época, que no es el siglo XIX; no podemos soñar con el intelectual tribuno de la nación, aquel modelo de Enrique José Varona, que le hablaba a la nación entera. Tenían esa oportunidad extraordinaria de llegar, por la vía de la política, a ocupar posiciones en el Senado o el Congreso y se valían de esa tribuna enorme (tan grande como la Historia) para hablar. Ese tipo de intelectual, es posible que no exista hoy; sin embargo, todavía queda la posibilidad de opinar y es lo que hay que defender e intentar.

-En esencia, no puede ser el intelectual un sujeto pasivo en cuanto al quehacer de la sociedad.

- El problema es no ser normativo, cosa más que difícil en un país como el nuestro, de normativas y directivas sobre el deber ser (lo cual es un tema que, en lo particular, me inquieta mucho).

Las posiciones frente a la verdad y las distintas opciones en cuanto al tema de la acción, la participación, el dar opinión, el correr riesgos (porque opinar es correr riesgos), ojalá fueran consideradas como una especie de exigencia **moderada**. Subrayo lo de "moderada" porque siempre debemos dejar un margen de libertad al otro e incluyo aquí la libertad de no opinar y no participar.

Dicho de otro modo, que las personas tengan derecho lo mismo a su indiferencia que a su miedo; ambas tienen que ser derechos y, al mismo tiempo, espero del intelectual que contribuya a la inexistencia de las dos. Claro que, junto con ello, uno admira los que luego se constituyen en

modelos de una época; de modo que, si tengo que elegir entre la indiferencia y el sacrificio, prefiero (y, en ocasiones, admiro) a los que corren riesgos, se equivocan, se sacrifican, pagan por las cosas que defienden y no pocas veces arden. Por otra parte, mientras que un carpintero va ser recordado por los muebles que hacía, un deportista esencialmente por las marcas que consiguió y un científico por sus éxitos como investigador, para un intelectual las cosas son distintas, pues tiene, cuando menos, tres tribunas desde donde participar: la obra artística concreta (lo que pinta, escribe, compone, etc.); lo que públicamente opina y la conducta que adopta ante esta o aquella situación. Enlazar con un hilo de activismo las tres esferas sería ideal, pero la vida no es tan simple y por ello hay que ser sumamente cauteloso al juzgar las relaciones de un intelectual con los problemas de la sociedad en la cual vive.

Hay muchos
modos de ser
cubano y muchas
Cubas; en este
sentido,
necesitamos un
pensamiento que
construya
camino
y proponga
posibilidades
futuras.

-¿Cómo han asumido los intelectuales cubanos su gestión en este momento de crisis que usted menciona?

- Puede que la pregunta me supere, pero voy a intentar contestar, aunque mi respuesta no sea sino una leve contribución a la espera de una mente mayor.

Si lo comparamos con los sistemas sociales que le preceden, es claro que el socialismo cambió el sentido de la demanda histórica de justicia para todos desde que postuló la necesidad de construir hombres nuevos para tiempos nuevos.

Al cambiar el modo de propiedad cambió el contenido de la espiritualidad, la realidad interior, la esperanza, la acción, la palabra, la libertad, el derecho, todo. Puesto que el país ya cumple, dentro de poco, medio siglo bajo esta forma de Estado, bien puede uno preguntar si tal hombre es posible (por lo cual, tal vez debamos de seguir esperando y algún día sucederá) o, en su reverso, también es posible concluir que semejante transformación nunca tendrá lugar y que, por tanto, vivimos dentro de un inmenso error. ¿Qué es lo que podría suceder? Que ese hombre nuevo manifieste una espiritualidad superior, así como una entrega al trabajo y a la sociedad igualmente superiores; en consecuencia de lo anterior, que se haga realidad aquella frase típica de los antiguos manuales de marxismo: "la creciente satisfacción de las necesidades materiales y espirituales del hombre".

Frente a esa pregunta, que es terrible de hacer y de responder, las personas estructuran montones de posiciones en cuanto a la participación; unas veces creyendo en el sí, otras en el no. No obstante, ocurren eventos sociales que activan la participación en la cosa pública. Si del campo cultural cubano se trata, algo así fue eso a lo que llamaron

“la guerrita de los e-mail”. Otras veces los caminos son, de modo casi exclusivo, aquellos que el propio sistema propone y que en un sinnúmero de casos las propias estructuras burocráticas del sistema impiden que funcionen, a pesar de que verbalmente están propuestos. Claro que de aquí deriva una pregunta más agria: ¿esto tiene alguna posibilidad más allá de la proposición?

A mí me gusta que las personas intenten, al menos alguna vez en su vida, participar en esa cosa pública. A veces en cosas que no son acciones políticas directas, a veces en el entusiasmo de algún aniversario, defendiendo la letra de una canción o una pintura, queriendo organizar un grupo de teatro. En este sentido, trataría de ser generoso y pensar que, por norma general, lo que el intelectual intenta hacer con sus armas es eso: participar en el

Es una especie de chiste cubano: propiciar y cancelar el debate al mismo tiempo.

espacio público. La pregunta sería más complicada si le elimináramos de allí lo que tiene que ver con el “trabajo sectorial” y empezáramos a pensar en términos de destino nacional, de opinión sobre la vida social en general. En este caso hay que decir que para eso es muchísimo más limitado el espacio.

-¿Cómo participan e influyen los intelectuales que de una manera u otra residen fuera del país?

- Antes de responder a la pregunta intentaría una precisión y un homenaje. Lo primero, porque el mío no es sino el punto de vista de alguien que vive “aquí”, en la Isla y el tema juzga la participación o influencia de personas que ellas mismas tendrán una idea distinta de sí, distinta de la que poseo. Lo segundo, el homenaje, por considerar que en la década de los ochenta, en el siglo pasado, ocurrió algo especial cuando –por vez primera en el tiempo de la Revolución- fue superado el modelo de ruptura- con el que antes había transcurrido la mayor parte de los diferendos ideológicos personales. Antes de aquí, y los ejemplos son legión, fueron rotas familias, amistades, relaciones vecinales; los que emigraban entraban a una suerte de no-existencia, pues era como si se diluyeran en el aire. El universo de la cultura, que es sobre el cual venimos conversando, está repleto de casos semejantes y desaparecían –junto con los individuos- sus aportes como pensadores o artistas. Hoy, por doloroso que resulte, la vida cubana cambió al punto de que –más allá del discurso- emigrar a otro país se ha normalizado como una opción más de vida para los individuos; y digo doloroso porque son nuestros amigos, colegas, familiares, vecinos o conocidos quienes tal cosa eligen: la gente con los que convivimos. Se trata de un cambio trascendental y habrá que arrodillarse eternamente delante del cubano y reconocérselo, porque ese cambio lo propuso la población y no es una propuesta del Estado; allí, en no pocos casos, aún se opera con el modelo de exclusión y de olvido. Al

encargarse de ello el individuo de a pie, los límites de la ciudadanía se han removido y, para crear un nuevo espacio de interacciones, la tecnología hizo un aporte monumental: la computadora, el correo electrónico e Internet. Hoy día, los correos de La Habana están llenos continuamente de gente pagando sus buzones electrónicos para poder escribirse con su familia, con sus amigos... y los intelectuales han logrado mantener comunicación, en algunos casos hasta desarrollar proyectos de colaboración.

Por lo anterior, con todo y lo tortuoso que es el camino de los textos hasta La Habana, esos que están afuera han logrado tener una determinada presencia. Estoy recordando la obra de Rafael Rojas e Iván de la Nuez (los casos más sobresalientes de entre mis contemporáneos en términos de pensamiento estructurado); también la obra de Rolando Sánchez Mejías o José Manuel Prieto (sobresaliente, entre mis contemporáneos, en cuanto a modo de escritura); la recuperación de autores como José Kozer, Severo Sar-

duy, Reinaldo Arenas, Gastón Baquero, Guillermo Rosales, Guillermo Cabrera Infante, Adrián Guerra o Lorenzo García Vega; la presencia de Jorge Domínguez, Roberto González Echevarría, Alejandro o Louis Pérez; unos hacen su intervención mediante esta nueva herramienta que son los espacios en Internet (sitios web o blog) y es ése su principal e incluso poderoso aporte. Los caminos de esa presencia y esa influencia son diversos, pues en ocasiones están asociados a iniciativas “oficiales” (mediante la publicación en editoriales o espacios del Estado), en tanto en otros se trata del espíritu resistente del lector y entonces me refiero a libros que circulan dentro la comunidad intelectual y en circuitos de amigos; pero, incluso en este último caso, la realidad presente hace posible que tales libros circulen sin que ello implique, hasta donde sé, el riesgo de ser destruido como intelectual y como persona. De cualquier modo, y por encima de las diferencias, lo que interesa es precisar el hecho de que lentamente va siendo constituido un saber sobre esas producciones culturales otras que, de algún modo, son nuestras también. En este aspecto, merece destaque el tremendo trabajo hecho por la revista *Encuentro de la Cultura Cubana* a la hora de convertirse en un catálogo de cultura cubana desconocida en Cuba. Aquí, en Cuba, ¿quién recordaba a Quintana, el arquitecto? ¿Quién pensaba en Cachao, el músico, o en Bebo Valdés...?

Con respecto a mi adolescencia, época donde el límite de lo posible era mucho más estrecho, lo anterior puede ser sentido como un cambio enorme; pese a que el espacio por avanzar sea todavía desconocido. Todavía Cuba no se conoce a sí misma, no sabe qué cosa es como país, todavía hay un abanico de autores donde cada uno es un mundo, un pensamiento, una posibilidad, que no se encuentran y que no ha habido nadie todavía, hasta donde yo conozco, que haya logrado integrar, porque lo más complicado de esto es que hay que pensar en términos de integración. Y ahora pienso en otros que son desconoci-

dos totales o conocidos fragmentariamente; gente como Octavio Armand, Magaly Alabau, Rafael Campo, Ricardo Pau Llosa, Dolores Prida, María Irene Fornés, Gustavo Pérez Firmat... Sé que la lista es caótica, pero intenta destacar el fenómeno más que ser exacta. Eso sí, llamo la atención sobre el hecho de que varios de estos autores que desconocemos escriben en idioma inglés y sobre que tenemos que aprender a lidiar con el tema de la lengua y la identidad. Hay muchos modos de ser cubano y muchas Cubas; en este sentido, necesitamos un pensamiento que construya caminos y proponga posibilidades futuras.

sido privilegiado el espacio de *La Gaceta de Cuba*. Sin embargo, al tiempo que pienso en otra cosa, no sé si las autoridades culturales caen en la cuenta de lo forzado del gesto, pues es posible que dicha única publicación concentre ella sola más información sobre la cultura de las diásporas cubanas que el resto de todas las restantes publicaciones del país.

En cambio, pienso en un nivel que va desde la transformación de los programas de estudio hasta la normalización de la presencia del otro en el sistema de publica-



-¿Cuáles serían los primeros pasos a dar para lograr ese encuentro entre los intelectuales cubanos en busca de una síntesis que le descubra Cuba a Cuba?

- Creo que para querer descubrir Cuba, lo primero es que hay que querer descubrir Cuba. Hay que fabricar escenarios de encuentro en los cuales no puedes eliminar el enfrentamiento político. La norma de funcionamiento no puede ser que el encuentro resulte el de unos párvulos felices, lo cual sería falso y tonto. Lo que sí tienes que proponerte es que sea una plataforma responsable, que no sea invadida por el odio político y en la que exista una serie de elementos mínimos sobre los cuales dialogar, sobre los cuales aprender el uno del otro. Hay que reconocer que en el país, desde instituciones del Estado, se hacen esfuerzos aislados; para la cultura, por ejemplo, ha

ciones nuestro. En ese caso, parte de lo que tenemos que aprender es a superar cualquier huella que pueda quedarnos de esa cultura de la desaparición del otro; siempre recuerdo la palabra, tan simpática, con la cual Orwell definió el fenómeno en su novela *1984: nebulización* (convertir a alguien en nube, soplar y se acabó). En términos concretos, semejante práctica significó, para gente como yo, que tuvimos que vivir 30 años para enterarnos que habían existido Gastón Baquero o Levi Marrero. Además de terrible, es ridículo.

El proceso social cubano va a cumplir su aniversario 50 el próximo año y se mantiene en pie la política de nebulización y olvido. Las muertes de Cabrera Infante y de Celia Cruz, merecedoras de par de pequeñas y engarrotadas notas de periódico, fueron ejemplos recientes de cómo son instrumentadas tales

Prácticas; la relevancia mediática de dichas personas haría demasiado escandaloso dejar de mencionarlas, de manera que aparecen las notas, pero la obra, el pensamiento, la herencia cultural, el aporte (que es lo que verdaderamente interesa) no es difundido y ni siquiera comentado. El tema es más que sensible, no soy dirigente de nada y mi condición de pequeño individuo me libera de obediencias, así como me mantiene atado a la vida como es y no a su modelación como en una herrería. Es amargo que podamos ver, en la televisión, fútbol profesional al tiempo que la prohibición de siquiera mencionar el baseball de las Grandes Ligas es absoluta e inapelable, porque el orgullo es una cuestión de identidad y cultura, de manera que los fanáticos primero buscan los récords de José Canseco, hablan del Duke Hernández y ahora de los peloteros recientemente emigrados. Lo que se manifiesta allí es vida en su más pura esencia y es triste que las autoridades vivan emitiendo directivas que ellos mismos han de saber que son continuamente burladas; a este propósito, una vez más, hay que dar gracias a las tecnologías de reproducción digital que nos permiten (aunque sea a pedazos) enterarnos de qué sucedió.

Porque lo que sí me resulta monstruoso es imaginar que la propuesta implícita que se nos hace equivale a una suerte de *fatwa* o eterna prohibición caribeña; puesto que la Revolución se propone a sí misma como eterna, aquellos que entraron en la lista negativa permanecerán en ese silencio hasta que se cumpla el tiempo de la eternidad. Por cierto que no hay que ser especialmente agudo para apreciar aquí una apropiación del tema del pecado y del infierno como lugar de infinita condena. Tengo hijos y me aterra que, en ese aspecto, les toque vivir un futuro parecido a mi pasado, como si la Historia y la humanidad no se hubieran movido un milímetro del mismo lugar; y, por otra parte, los cubanos van a seguir emigrando y fabricando cultura en los lugares adonde lleguen. Si fuésemos un territorio continental las historias serían otras, pues tendríamos no se sabe cuántas fronteras y, al nivel de la tecnología de hoy, recibiríamos con claridad emisiones radiales o televisivas, circularían libros con mayor facilidad, algún tipo de vínculo fluido habría con lo otro; pero somos una isla y ello cambia el sentido de la prohibición. Nunca tuve que tomar decisiones semejantes y me alegro de no llevar sobre mí el peso de haber impedido a una nación entera conocer la existencia de algo, sea esto lo que sea. En tal contexto, que haya que esperar a la aparición de un artículo en *La Gaceta...* merece tantas lágrimas como carcajadas e incluso, la presencia de un texto o la mención de una persona, todavía no significa nada respecto al conocimiento de su obra, que repito que es lo único que importa. Hay que buscar un espacio donde se relajen restricciones y donde, con sólo una norma mínima (se permiten diferencias, pero no ofensas), sea posible intercambiar. Eso tendrá que pasar, superar la cultura de la nebulización, sentir orgullo de los grandes cubanos, ya sean pianistas de concierto, o populares, científicos, ingenieros, inventores... Sentir orgullo de alguien que, tal vez, sea un enemigo ideológico virulento, recibir su herencia cultural, ponerla a dialogar con las producciones culturales hechas dentro de la Isla y devolverla de modo creativo.

Del lado de acá somos el pueblo cubano, y los que

están del lado de allá tendrán que aprender a sentir orgullo del lado de acá y viceversa. Eso es un paso mínimo para tener una plataforma de diálogo y darnos cuenta de que hay una nacionalidad que salvar. Puesto que todavía puede durar mucho el enfrentamiento y dado que la economía cubana conlleva a condiciones que suelen ser sentidas como agobiantes, es lógico imaginar

... la última ilusión
asociada con el
intelectual es que estos sean
buscadores de la verdad, sin
detenerse en las
consecuencias; incómodos
casi siempre,
inmanejables, independientes,
honestos, con la frialdad del
científico y la pasión del
amante ante el conocimiento,
rígidos y flexibles a la
misma vez, respetuosos e
irreverentes.

que el tema migratorio va a continuar también en el centro de nuestras vidas. El universo de las distintas emigraciones cubanas va a seguir creciendo, en los más diversos lugares del mundo, luchando por mantener allí una identidad, cosa que pude vivir varios meses en Miami y entendí como una tarea heroica sobre la cual alguna vez se debería escribir con amor. Del lado de acá, se seguirá luchando por mantener un sistema social de justicias esenciales, un modelo de vida, en unas condiciones precarias, lo que también es una tarea heroica. No obstante, debiéramos entender que un diálogo responsable, con respeto, hará más grande la nacionalidad. Seremos todos más grandes como cubanos.

-¿Cuánto cree usted que podría aportar a ese universo intelectual, la existencia de una intelectualidad católica?

- Aunque existen en Cuba intelectuales católicos, se nota menos la existencia de una intelectualidad dentro de tal raíz; una intelectualidad identificable con un pensamiento, no sólo sobre la vida eclesial (o la doctrina), sino sobre la vida social en general. Mi caso es el de alguien cuya idea presente del mundo fue construida gracias al choque violento entre dos corrientes quizás inconciliables: una formación marxista (adoptada con amor y con pasión) y la obra del más grande de nuestros escritores católicos, José Lezama Lima. Ambas tratan de superar a la otra, de devorarla y contenerla, habitan en conflicto y no en una falsa coexistencia pacífica, pero al pelear de este modo (dentro de mi cabeza) me enriquecen y ayudan a que me oriente dentro del mundo. Valorando mi experiencia sobre el choque de pensar la filosofía en marxista y la poesía desde un católico, creo que sería extraordinario que el país tuviera una intelectualidad católica sólidamente formada y participativa en la vida social.

Nuestro mundo es uno de casi estado de guerra, en el que hay una tendencia a obligar que la vida funcione según el modelo de un campamento militar (aquella frase tremenda de Martí: *un pueblo no se manda, General, como se manda un campamento*). En el año 1994 salí de Cuba por segunda vez (había ido, en 1989, al mundo socialista) y fui a Estados Unidos. Era, en aquel entonces, especialista del Programa Nacional de Lectura y quería hacer contacto con organizaciones afines en el mundo, hablar de lo que hacíamos, recibir información de lo que ellos hacían y, sobre todo, distribuir convocatorias para un congreso que estábamos organizando. Llevaba escrito un anuncio sobre el congreso y se lo di a una amiga para que me lo tradujera. La llamé al día siguiente y le pregunté, puesto que eran par de hojas, si ya estaba; entonces ella respondió algo que nunca más he olvidado: "Víctor, el problema es que para hacer esa traducción tengo que reescribirlo en inglés, no puedo traducir lo que tú has puesto ahí. Tengo que hacer un texto nuevo, porque en este mundo, nadie habla así. Ustedes no se dan cuenta de hasta qué punto tienen metido en los huesos una forma de lenguaje que sólo hablan los militares." Eso, para mí, fue una enseñanza, una lección eterna. Ese lenguaje entre nosotros existe y no nos damos cuenta. Lo terrible del mundo nuestro es que no nos damos cuenta, porque hemos incorporado esa vida de campamento, una sociabilidad de campamento.

Una intelectualidad católica traería consigo valores sobre el hombre y la familia, así como acerca del sentido de existir sobre la tierra... No estoy hablando del hecho definitorio de diferencia que es la fe, sino sobre la solidaridad, comprender que el otro existe, fenómenos como el perdón, la memoria, la necesidad de una vida del espíritu. O sea, valores que articulan una vida que sería muy interesante que dialogaran con los que en este mundo se proponen.

-La aparición en la televisión de Luis Pavón y Papito Serguera desató un debate entre intelectuales cubanos. Una vez avanzado dicho coloquio, usted hizo público un análisis personal que intentó, con mucho éxito, englobar, precisar y sistematizar la sustancia y los argumentos de todo lo planteado. ¿Qué valoración puede dar ahora acerca de este suceso?

- El caso de Pavón y Serguera... Creo que eso fue una de las sorpresas del correo electrónico, de la tecnología, de la existencia de un mundo nuevo que, por cierto, es justo decir también que se ha degradado profundamente después de aquello. No porque todos los textos que participaron en aquel momento tuvieran una estatura de pensamiento enorme (habían muchos textos que eran sencillas comunicaciones de apoyo), pero había una voluntad de participación en un acontecimiento de la vida pública. Después de eso, el medio ha terminado sirviendo para todo y, de repente, llegan lo mismo baratas quejas personales que noticias de asuntos absolutamente banales; es decir, que no se mantuvo a ese nivel de identificación y expresión de opinión sobre un asunto central de la vida nacional, lo cual hubiera sido deseable.

Todavía estoy tratando de entender, más que el suceso mismo, la incapacidad tanto de las instituciones como de la intelectualidad para articular espacios de opinión me-

dianamente regulados. El correo está ahí, las personas pueden enviar opiniones sobre distintas cosas, sin embargo, nunca más levantó a esa altura. Las instituciones están ahí y, a su más alto nivel, propusieron un espacio de continuación de ese hipotético debate; me refiero al ciclo de conferencias (mayormente en el ISA) que se ha venido haciendo acerca del impacto de aquel Quinquenio Gris en las artes y pensamiento del país. Sin embargo, el correo no levantó más, el espacio de continuación se ha ido apagando lentamente y la vida no es mejor. Entonces ¿qué pasó? Hay una incapacidad de articular opiniones. Creo que esa es una de las grandes asignaturas pendientes de esta sociedad. ¿Cómo se articula la opinión que puede ser o no la institucional?

En ese caso, en el de Pavón, resulta que no había diferencia -entre esos intelectuales que escribían y los estamentos de dirección de la cultura o de la ideología-, en cuanto al rechazo a su aparición en un virtual homenaje en un programa de televisión; todos estaban de acuerdo en que ése homenaje no debía de haber tenido lugar, de modo que no fue un momento de confrontación. Pensé que luego de ese fenómeno de los e-mails, esa fue mi humilde propuesta en una asamblea en la UNEAC, que al menos la UNEAC intentara tener plataformas de discusión, aunque fracasaran, pero que hicieran el intento. Hubo un intento durante el recién terminado congreso, donde fue abierto un foro donde se publicaron textos, la gente entraba y escribía su opinión. Pero, en realidad, nos desgastamos buscando alternativas, pequeñas y tangenciales, para un problema que tiene una única solución: que la plataforma de opinión sea pública, abierta, masiva y nacional. A estas alturas es tema que me desagrada, pero hace años escribí un texto sobre la crítica donde decía que llevamos (entonces) 40 años discutiendo sobre si se puede hacer crítica y cuáles

... si tengo que elegir entre la indiferencia y el sacrificio, prefiero (y, en ocasiones, admiro) a los que corren riesgos, se equivocan, se sacrifican, pagan por las cosas que defienden y no pocas veces arden.

son los límites de la crítica. El próximo año me parece una de las fechas maravillosas de este proceso social, pues ¡al fin! cumplirá 50 años de existencia; una fecha tan larga como cualquier vida humana y un buen espejo para que las generaciones que nos sucederán tengan, a través de las muestras, un atisbo de lo que prometen ser sus vidas futuras. Es la ocasión extraordinaria para decir si el proceso social sirve o no, si servirá alguna vez; y en el campo de la crítica, se deberá decir si habrá o no crítica, si la búsqueda de espacios de opinión es una tarea estéril.

O si debemos de contentarnos con la Mesa Redonda, un puñadito de artículos en *Juventud Rebelde* y las noticias de Radio Reloj. La fecha, al mismo tiempo que nos presiona nos libera; vamos a ser todos libres el año próximo, como nunca lo hemos sido antes.

-¿Dicho debate logró la necesaria interacción que debe tener toda faena intelectual con el resto de la población?

- No.

-¿Le preocupa eso?

- Claro, a fin de cuentas fue un debate micro-localizado, del cual no se hizo eco absolutamente ningún órgano de prensa más allá de anunciarlo e incluso es poco de ello lo aparecido en publicaciones especializadas. Las conferencias fueron realizadas en espacios públicos, en el ISA. No sé qué pasaba con la gente que llegaba allí sin ser invitada y deseaba participar, pero lo que sí no puedes encontrar es un órgano de prensa que haya sacado nada de lo que allí sucedió. Es una especie de chiste cubano: propiciar y cancelar el debate al mismo tiempo. No he

El problema es no ser normativo, cosa más que difícil en un país como el nuestro, de normativas y directivas sobre el deber ser.

asistido a las conferencias del ISA, aunque doy por hecho que allí han sido planteados y debatidos problemas de interés para el campo de la cultura artística y literaria, pero nunca podré entender que un asunto así quedara confinado a la esfera del arte y las letras; a fin de cuentas, la maquinaria de la intolerancia y el autoritarismo pretende conseguir un efecto universal, por lo cual el único modo de hacer efectivo un ciclo como éste es desbordarlo y, en consecuencia, (perdón por el apurado neologismo) desconfinarlo.

Curiosamente, pese al envío vía e-mail de las conferencias pronunciadas allí y a su compilación en un libro, no hay nuevos textos que profundicen en las líneas propuestas, las recepciones críticas del hecho son inexistentes y es nulo el impacto de las revisiones en los medios masivos de comunicación. Dicho de otro modo, las conferencias continúan, pero el brillo que las rodeaba disminuyó hasta ser una mínima llamita en la marea de acontecimientos cotidianos.

No pretendo iniciar un nuevo debate, pero es doloroso sentir como escapa las más clara oportunidad pública que hemos tenido (los intelectuales cubanos) de realizar un análisis extendido del cruce entre política, ideología y cultura; un análisis que penetre en el impacto de las directivas en las formas de vida cotidiana, las dinámicas de la religiosidad, las lealtades por motivos de raza, la manifestación de las identidades sexuales y de género, la relación del individuo con las normas morales de su época, su concepto del Derecho, su responsabilidad dentro del y frente al Estado, en su vida espiritual en suma.

Si se atiende a lo que expreso, entonces se comprenderá que mi modo de asumir el hecho implica que el análisis se refracta a la misma vez que deja de ser cuestión sectorial y se democratiza; de este modo, la lectura del pasado-presente nos dará lecciones más que necesarias para el futuro.

Nací en 1960, tengo la cabeza llena de canas y también el sistema institucional cubano peina las mismas canas; habrá que vivir de otra manera o definitivamente fracasar. Suena dramático, pero aunque sea sólo hay dos opciones.

-¿Cuál es el mayor desafío suyo hoy como intelectual cubano en Cuba?

- Tratar de pensar sin odios para hacer un poco más habitable el presente y darle más espacio al futuro. No tengo la respuesta que pueda convencer a todo el que me rodea de si el socialismo como sistema merece salvarse y, en nuestro contexto, se trata de esto y no otra cosa. El socialismo se propone cosas hermosísimas, hace cosas hermosísimas y también genera situaciones, cosas terribles... No puedo decirles a las personas "éste es el camino", pero sí, en cada una de las alternativas que tenga delante, exigirme un pensamiento sin odios, que trate de hacer más habitable el presente e impida, hasta donde pueda, la destrucción de los valores en los que creo. Hace poco alguien me decía que ya no tenía ninguna de las ilusiones de antes, pero que creía que todavía este sistema trataba de hacer algo por los desposeídos. Es una bonita manera de verlo, de rebajar la gritería ideológica y ponerla a un nivel manejable y normal.

Sin embargo, estoy convencido de que hay mucha gente que, con respecto a Cuba, la única y exclusiva prioridad que tienen es salir de Fidel Castro y, en otros casos, recuperar antiguas posesiones confiscadas. Cuando se plantea en términos de única y exclusiva prioridad, es una postura de la cual tomo distancia y que no puedo menos que rechazar. La prioridad debe estar en la búsqueda de un futuro equilibrado, por eso te hablaba del encuentro y de la necesidad de proyectar países posibles. Claro que nadie se va sentar en una mesa con un cartabón a proyectar; sencillamente, esa es la discusión, ese es el debate, el intercambio. Países con más socialismo, con menos socialismo, integrados al cono sur, países con más relación con la economía norteamericana o con menos, con aranceles o sin ellos. No sé... el inmenso abanico de lo que se puede soñar que un país sea. Tratando siempre de proteger al desposeído. Esa es la opción que me interesa. En cuanto alguien me diga que me tengo que olvidar de las vidas de dos millones de personas, no lo voy a saber siquiera cómo hacerlo. Hace años un intelectual cubano emigrado, con su mayor cariño, me dio otra lección. Conversábamos en un ambiente de investigadores y me dijo, con verdadero dolor: "Víctor, ustedes tienen que despertar de su sueño. Ningún país, y menos Cuba, le puede dar a todos sus hijos educación gratis y salud pública gratis". Me gusta cuando las cosas son planteadas así, de frente; me da la posibilidad de ser abiertamente loco y quedarme con mi sueño.